



Franck Maubert

HISTORIAS NATURALES

INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

HISTORIAS NATURALES



Franck Maubert



HISTORIAS NATURALES

Traducción de Ezequiel Martínez Kolodens

INTERZONA

INTERZONA

Maubert, Franck

Historias naturales / Franck Maubert. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

104 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Traducciones)

Traducción de: Ezequiel Martínez Kolodens.

ISBN 978-987-790-085-9

1. Cuentos. I. Martínez Kolodens, Ezequiel, trad. II. Título.

CDD 843

Histoires naturelles fue publicado por primera vez en Francia en 2022

© Éditions Mercure de France, 2022

© de la traducción, Ezequiel Martínez Kolodens, 2023

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Traducción: Ezequiel Martínez Kolodens

Coordinación editorial e interiores: Fernando Ozón

Composición de tapa: Natalia Brega

Corrección: Mónica Campos y Fátima Nieves García

Foto de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-085-9

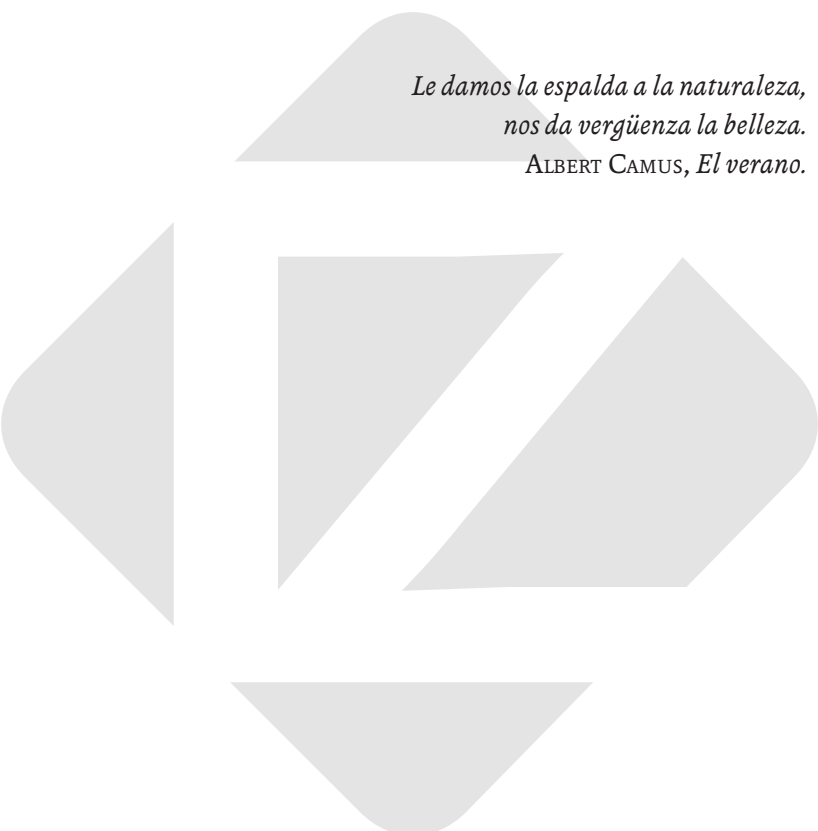
Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*A Béatrice
A Rafiochat*



*Le damos la espalda a la naturaleza,
nos da vergüenza la belleza.*
ALBERT CAMUS, *El verano.*

UN CAMINO

Hay un camino que conozco bien. Ahí, en invierno el aire es intenso, los veranos ardientes. Empieza a unos pasos de casa, después de pasar un puente. Desde hace un cuarto de siglo, cada día, o casi, lo recorro con la certeza de descubrir algo distinto, aunque no lleve a ningún lado. Desde los primeros pasos de mi vagabundeo habitual, sin propósito, me pierdo. Acá prosperan los ensueños, la imaginación galopa más que en la realidad, atraviesa las barreras del alma: el camino distrae, incluso a un hombre hastiado de su realidad. Mire donde mire, algo me llama y me retiene, por más ínfimo que sea. Roce de un ala, de una hoja. Oigo el murmullo de las sirenas del pasto. No sé cómo son, a veces desaparecen pero noto su presencia. Algunas mañanas de verano cantan, me da la impresión de que bailan solo para mí. Otras, no se dignan a reaparecer, rozan mi corazón, pero no, ellas viven. Los días blancos de enero, descansan bajo la sábana quebradiza de la escarcha. Las distingo aún bajo la parálisis de la helada. Esto me perturba aún más.

Incluso durante los meses más arduos, los cantos de los pájaros pueblan las hileras de arbustos, quizás duermen, indiferentes a mi paso. Parecen a la espera, listos para una guerra ciega. En los arbustos espinosos, bayas rojas capturan la atención, los picos se entregan a ellas. Los días de lluvia, los estorninos o passeriformes retozan, con su gesto esencial, su ala precisa, mientras picotean los escaramujos de una rosa mosqueta o los glóbulos de un acebo. En un instante, después de divertirse, se van volando en una única nube metálica, un poco confundidos. Invaden el cielo, esbozan algunas figuras,

llama tormentosa alta en lo gris, vuelven a bajar, vuelven a subir. Corren, gritan y la nube se evapora por las cuestas suavizadas del aire. Podríamos pensar que ya no se oír ninguna otra perturbación, solo el ruido de mi andar sobre las piedras. Extiendo mis pasos, mi mirada circula, mis ojos se pasean. Y no aparece un solo paisaje, sino varios. Todo se ensambla, se reúne con el infinito. Y todo se corresponde. Siempre hay sorpresas; la tierra nunca está muda, la oigo murmurar en lo hondo de sus anfractuosidades, se agita. Todo parece tan calmo, pero no, todo se mueve bajo las piedras, todo ondula en las ramas desnudas, también bajo las aguas intranquilas. El camino, rodeado por tupidas arboledas y altas zarzas, se oscurece, se encoge. Bajo el arco de los avellanos, en el punto donde se hace más angosto, piedras planas elevadas a la par se alinean a los costados. Sobre algunas de ellas aún se puede distinguir el desgaste en las huellas de ruedas de antiguas carretas. Un paisano me contó que este oscuro y estrecho pasaje era el sitio en el que ladrones enmascarados atacaban a las diligencias. Nunca vi carruajes ni bandidos. Eso era antes. Más lejos, el camino se ilumina, se ensancha y avanza recto a lo largo de una hilera de álamos, luego inicia una larga curva donde uno puede reclinarsse en alguna pendiente para percibir mejor lo que sucede. Fosas delimitan los bordes por donde cruzan anárquicamente iris de agua que, más tarde en la estación, lanzarán su punta de un amarillo ardiente, un desafío al cielo uniforme.

¿Quiénes son estos pájaros que llegan hasta los juncos? Los que pronto se buscarán con afán y llamarán a sus amores con su voz esplendorosa. Pronto los follajes se pondrán más densos y sus cantos florearán los montes bajos. Tan bellas voces en tan pequeños cuerpos, mientras a nosotros, los del género humano, nos hace falta inventar sofisticados instrumentos... Drip drop drip drop drop drop... Escuchemos sus sensibles inflexiones encadenar los graves, los agudos, precipitar los sonidos, variar las melodías. Mi oído nunca se cansará. Más allá de los surcos en el camino, un bosque alto limita el entramado de una hierba

espesa, pisoteada desde los primeros albores de la primavera por animales sorprendidos de encontrarse con el verdadero día tras los meses oscuros de un establo iluminado por el gris del metal. Bordo los cercos de espinos al pie de acacias podadas. Detrás, las vacas con cuernos cortados me siguen con la dulzura de su mirada y yo no puedo sentir más que ternura por ellas. Como todos los animales de criadero, no saben que los que las alimentan las comerán. Si fueran menos voluminosas, las abrazaría.

Cuando marzo descienda rápidamente, sacudiendo y mordiendo el aire con sus lluvias intermitentes, las aguas se precipitarán para inflar el modesto lago recubierto de lentejas verdes que disimulan sus remolinos y se expandirán por las praderas circundantes. La niebla rosada de las ramas aún se agitará en la luz de la mañana antes de engalanarse con los adornos del primer verdor. Un anciano, que un día me acompañaba, nombraba a ese estanque escondido bajo el repliegue de los alisos El Paraíso, nombre que no verifiqué en el mapa del Estado Mayor. Por debajo se filtra una fuente, planea un soplido. Me siento al borde de las sombras de los labios hendidos de la tierra. En los días de mucho calor, el agua tan transparente devela un tapiz frondoso, despojo de inviernos, estratos con tintes variados de marrones, de oro y reflejos turquesas, que recubren los misterios del Paraíso. Acá, no hay orden, regularidad ni simetría. Percibo más bien los resplandores de un estruendo, los de un pueblo ínfimo de encanto negro, invisible a simple vista, criaturas sin materias que elevan los abismos. En determinada ocasión, arrojé una piedra, beso violento, entonces se abre la boca vegetal que de inmediato vuelve a replegarse en sus secretos. Aquellos de una vida después de la vida, aquellos de otros infiernos de este verde paraíso donde la imaginación de las marismas del sueño fue vencida. Se desprenden olores a turba. El silencio como una súplica, una amenaza tal vez. Todo esto impide estar solo. De un lado, pisadas en las orillas. Huellas de botas. Un cazador reconocería en ellas el rastro de jabalíes que, temprano en la mañana, se revuelcan en el barro. Por delicadeza, llegada la primavera,

tendrán piedad de las flores con forma de estrella y sus hojas aéreas que aparecen en los límites acá y allá. Ellas también se esparcen, agrupadas en los sotobosques. Podría ser tentador armar pequeños ramilletes, yo prefiero dejar que conserven su fuerza y que cumplan su ciclo de floración. Esas anémonas salvajes preceden por poco la aparición de los jacintos y las orquídeas silvestres cuyo azul violáceo también colorea y perfuma la sombra.

Durante la estación siguiente, en el aire trémulo del verano, el camino reverbera el calor y la luz. Detesto al verano que me mata, escribe el poeta. Cometo el error de avanzar al descubierto bajo un sol ardiente, uno de esos días radiantes en los que envidiamos al invierno, postrado en un rincón de la chimenea. Acá espejean piedritas calentadas al rojo vivo, con bordes agudos y filosos, algunas más carnosas y redondas, de un tono rojizo, otras de un negro barnizado. Estas piedras aluvionales extraídas de un pedregullo cercano refuerzan el sendero y facilitan el paso de los camiones que llevan el ganado a las praderas en los primeros días de sol. Vuelvo a sentarme al borde de una fosa, tomo entre mis manos unas pobres piedritas y examino los cristales estallados. Amo su disimetría, sus caras irregulares. Me pierdo en sus paisajes. Distingo imágenes inverosímiles, sus motivos esconden los encantos de lo maravilloso, el de la inmensidad de lo infinitamente pequeño. Ahí, en esos fragmentos de rocas sedimentarias se agazapan los tesoros, concentro mi mirada en ellos, puedo asir un mundo, las profundidades del mundo. Cruz, encaje, círculo, cinta o estrella... Huellas petrificadas, nervaduras vegetales fosilizadas, son mis arcanos con vastos pórticos, mis raíces, las venas de todo ser.

Tras la tormenta, en el camino empapado, un barro amarillo se pega a la suela. Y, en esos momentos, se me viene la imagen de unas botas viejas. Debido al amarillo, a lo mejor. Del mismo modo, cuando los cuervos surcan el aire con sus gritos por encima de los trigales, cómo no pensar en el agrimensor de los campos y planicies, equipado con su caja de colores. De repente me cruzo

con un hombre, seguido por un perro, no tenemos nada para decirnos, nos saludamos por cortesía sin siquiera mirarnos. Los que caminan están más allá, absortos en sus pensamientos. Quizás perdidos en las volutas del viento.

Cuando se desliza el otoño, los anocheceres se fugan invadidos de silencio. Un sol erosiona con su luz roja las caras de los fresnos (también se los llama desmochados cuando les podaron las ramas más altas para que vuelvan a brotar) que jalonan el camino, entonces, surgen rostros envejecidos, los de los cuentos de infancia. Ya no me asustan, pude asimilarlos. En ellos se refugian cárabos y autillos en los huecos de los pliegues de un tronco. Salvo que ahí se anide, en estado de vigilia, la figura particular de otro búho con la cara y los ojos redondos, coronado con sus penachos que temen a la luz. A veces se ponen a emitir una larga queja monótona antes que caiga la noche, sin nunca cansarse de repetir su hou-hou, tan característico. Intento imitarlos y, si lo logro, me cuesta conversar con ellos aunque tengan algo para decir, de otra manera no hablan. Algunas lechuzas vuelan a ras del suelo y, torpemente, caminan balanceándose. A menudo, no solo las mañanas de otoño, siento que alguien avanza delante de mí impulsado por una presión invisible en las sombras de las primeras brumas. Pero es un espejismo, no hay nadie. El estrépito del mundo está lejos.

Luego del puente, debajo del cual corre aún un agua lenta cubierta de nenúfares, el camino sigue hasta los pedregullos donde el humano está demasiado presente, marcó demasiado el paisaje. A lo lejos, la caliza de los cerros se calienta al sol, su blancura enciegece e ilumina las bajas fachadas de toba. Luego todo se difumina, las colinas, las casas y lo que está más allá de los hombres.

Un camino no pertenece a nadie, solo a quien lo sigue. El caminante solo pasa. No hay un camino, hay caminos y ahí empiezan las elecciones, las dudas y las dificultades. El camino amplía al mundo.

LA COMPAÑÍA DE LOS ÁRBOLES

De lejos, el bosque, el gran bosque, forma un infinito, un continente donde se incubaba una inquietud antigua. Puede intimidar e incluso asustar. Atravesarlo exalta los miedos y los temblores y nos hace participar en la ceremonia que ahí se dispone. Cerca de esa nube de sombras se eleva la belleza, la de las catedrales anteriores a los hombres, la de las bestias antiguas. Al final del camino de la mirada, se pierde en la confusión de los límites el entramado de espesos follajes y nuevos brotes primaverales. Ya no se trata de volver sobre nuestros pasos; la atracción aumenta, me apuro. Saltar una acequia, subir la corta pendiente de un talud, atravesar los revoltijos de ramas, raspase: me desarraigo, me deslumbro, me abstraigo de los recuerdos. Luego de pasar la trama zurcida de montes bajos de zarzales con moras que clavan en la tierra sus ramas para reproducirse, hay que hablar bajo, por el miedo a ser sorprendidos en un intercambio secreto. Este es el lugar de la confidencia sin gritos. Entro en resonancia, recibo al bosque como una gracia. En este momento todo da un vuelco, un escalofrío me recorre la espalda, el corazón me late más rápido, se me hace un nudo en la garganta. La agitación invade el ambiente y lo que uno siente se vuelve inexpresable. Bajo los follajes, el caminante parte en un viaje sin regreso.

Luego de penetrar en este navío de sombras, en la inmensa sombra, quedo cautivado, sin ideas, sin pensamientos, con el espíritu vacío, me vuelvo animal. Camino bajo el arco de frondosidad, me impaciento, a cada paso sube un fuerte olor a humus, me colma,

me revuelve. En el bosque, el hombre se transforma, existe de otra forma y las palabras caen como polvo. A medida que avanzo, me invade un efecto de fascinación, un carácter sagrado, ahí me encuentro con una vida anterior; la que vino de muy lejos. El bosque rejuvenece, eleva y atiza el imaginario divino. Oigo zumbir las palabras de las luces, los sonidos, los olores que intercambian entre sí y conmigo, ya no soy el mismo, soy el de antes, el primitivo, y todo mi cuerpo se estremece. Se abren ante mí las profundidades de la tierra alzadas hacia el cielo. Doy saltos entre la vegetación, vuelo por un breve instante, unos segundos, una eternidad. En un arrebato delirante, acompaño a las sustancias terebrantes, son bálsamo, remedio para cualquier dolor, cualquier estado de melancolía, para cualquier viajero exhausto. Abandonarse a este tiempo que se nos ofrece. Un solo paso en el bosque borra las lágrimas. Cada movimiento nos da fuerzas, reanima la savia del alma. El sol estremeciéndose y resplandeciendo en las ramas es salvador. La luz varía sin nunca terminar de jugar con las tinieblas. El ser solitario encuentra allí su recuperación, su entrega, su energía. Cuando llegan los días más cálidos, con la aparición de un castaño puede ser suficiente. Si la helada o el granizo no mordieron sus ramas, su corona de flores, el oro de los cantos en su amplio vestido de hojas con bordes dentados hace que uno rejuvenezca y olvide cualquier pena.

Las formas nudosas de un árbol caído, fulminado o abatido de vejez, plantean un enigma como su tronco necrosado, donde se pueden leer las etapas de su vida de árbol, los esfuerzos de cada fase de crecimiento. ¿Qué edad? ¿Treinta años, cuarenta años? Más, mucho más, un siglo, dos, quizás tres responde la albura. Qué importa, vivió, está en el suelo, tumbado como todo ser rendido.

Miembros muertos, cima decapitada, ramas aplastadas, él aún cree. Los musgos y los líquenes prolongan su eternidad, invisibles insectos nacieron ahí, se instalaron y se sienten a gusto. Su estructura despojada como la de un asceta exculpado es la belleza, el esplendor. Las ganas de inscribir signos en las arrugas de su liber.

¿Acaso añora, como los humanos, el tiempo pasado, el tiempo de antaño? El de las crestas tupidas, de los enormes montes plantados para construir los mástiles de una marina real. La propia grandeza, el gran arte. Los robles en su desnudez del invierno suben recto con toda su fuerza, sin oscilación, alineados hacia el cielo, se mantienen erguidos con una postura militar. Las hayas los guían en su camino hacia la luz, escoltas de los troncos ásperos, con cortezas plateadas, los de los incorruptibles, las eminencias, se elevan en vertical, columnas donde las ondas vibran y resuenan hasta su punta en flecha. Ninguna rama baja los obstruye, su tronco sólido no tiene edad. Solo su copa frondosa oscila los días de mucho viento. Cuidados con la ayuda y la atención de las manos del hombre, las de los guardabosques que vigilan, adquieren el orgullo humilde de los soberanos. Los musgos con su suave terciopelo verde tapizan su base, otros más cenicientos prosperan a la altura del hombre. A veces se recubren con un festón nudoso sobre el tronco rugoso y forman un paisaje repentino en la danza de un rayo solar que se filtra a través de una mashrabiya de hojas.

De repente, bajo la bóveda de una cueva de finas ramitas, un crujido me saca del letargo, la prominencia del cuerpo pesado de un ciervo abre la senda a dos ciervas. Los tres animales, en fila, agrietan el aire, perforan los matorrales. Ya desaparecieron en los senderos del ensueño y ya no sé si los vi realmente. Esta aparición furtiva, momento inmaterial que despierta al alma, solo pertenece al que pudo vivenciarlo. Recorrer los senderos, apartar los helechos altos sin recuperar aliento. Aguardar el descubrimiento de una ruina roída por el musgo que aún nadie encontró. En el desvío de un camino, confundir un menhir con la piedra angular de una antigua morada. Hay deterioro en esas rocas inhabitadas, quizás derrota. Hay imposibilidad y hay grandeza.

De pronto, el bosque pasa de la oscuridad al día, se abre en el claro de un cuadrilátero de un campo de batalla calcinado al sol donde los árboles fueron cortados, mutilados, torturados. Ellos

perdieron, todo lo perdieron. Lo atestiguan espesas raíces, tendidas, arrancadas, muñones sin vida y atacados sin poder oponer resistencia, espectros que hay que franquear. Nidos en los surcos, agujeros, charcos, oleajes vegetales amontonados. Arriba, el cuadrado del cielo se asombra. Solo, en ese paisaje abierto, un roble con ramas desplegadas resistió a todos los ataques. Parece decir: Contémplenme. Pronto las lluvias de abril despertarán las semillas que el viento arrastra, las radículas inertes, caprichos de una vegetación pobre. Las borrascas fustigarán el aire y los bosques muertos mugirán. Los cardones enjambrarán su edredón. ¿Cuántas décadas para volver a amaestrar estos barbechos, landas desoladas? Con el cambio de estación, todo se transformará lento y todo intentará recomenzar.

Después de pasar por esta zona de malestar donde se ignora aún más al género humano y sus progresos, me vuelvo a abalanzar en la espesura de una muralla de pequeños bosques donde mis pasos hacen crujir a los helechos. El misterio de nuevo, pisotear el tapiz de hojas, pasos como calmantes. De cima en cima corre el carpintero verde por el aire perfumado. Habría que detenerse en esos perfumes, la sutileza de los olores intensos que emanan todos los elementos del bosque, todas esas fragancias que silban. Una nariz ahí se pierde, las de la humedad de los musgos y los líquenes, de la densidad de los suelos resquebrajados al borde de las aguas plomizas de un charco en pleno verano, el delicado aroma de la caricia de los helechos, las de los troncos que respiran, y todas aquellas que pasan volando, clandestinas... Todo para distraer todos los sentidos. Nada para hacerlos callar. Posar la mirada, observar fijo una superficie ínfima: los ejércitos de insectos, los que distinguimos y todos los demás, invisibles a simple vista, que caminan como pueden. Los élitros de un escarabajo despiertan la mirada de un muchacho. Y todos los ruidos que vibran, se suceden, se solapan en la desmesura de una sinfonía: chirridos, zumbidos, arrullos... Sonidos maravillosos si el oído los aísla. El bosque no es más que cantos tupidos, rumores

ininterrumpidos. El vacío no existe. Los árboles no están nunca solos, en su compañía uno no mide la soledad.

Las raíces desnudas corren sobre las piedras y los musgos, el pie del árbol está fuera y dentro, es sorprendente ver cómo surgen del suelo los músculos de las hayas. Las ganas de tomar aire, de no permanecer enterrado, resplandecer en la luz. Las raíces se entremezclan, se abrazan, se anudan, se desanudan, bordean los obstáculos, enlazan a las rocas, se arrastran y se sumergen, buscan el agua. Nudo de vida nutrido con lo impetuoso y el vigor de las profundidades, nervios y esqueleto a la vez, crepitan en las entrañas de la tierra, ahí se hunden, se refuerzan y se multiplican. El árbol, de espíritu rebelde, siempre encontrará su camino, en el suelo y en su senda hacia la luz hasta el esplendor de su cúspide. Con la audacia asfixiada, algunos sujetos más débiles se contentarán con los montes más bajos. Tal vez desaparecerán prematuramente y otros verán el día en sus raíces, vida injertada a la muerte en un ardor divino. Así maridan vida y muerte, fervor e impedimento, tal como sus corazones atravesados por una flecha, tallada a cuchillo sobre la corteza de un tronco, encontrados en el desvío de un camino.

En las orillas de un paisaje mojado de otoño, las hojas aún no cayeron, centellean. La imaginería inocente y común las hace caer desde septiembre; solo los castaños pierden sus estrellas de cinco ramas, son los primeros árboles que reverdecen. El castaño no es árbol de bosque, sino de parques y patios de escuelas. Hay un árbol para cada hombre.

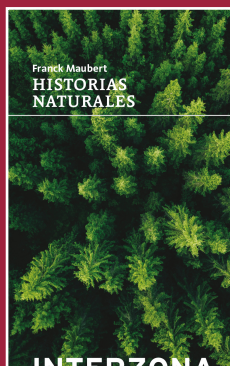
ÍNDICE

UN CAMINO	11
LA COMPAÑÍA DE LOS ÁRBOLES	17
LOS CARACOLES	23
ALGUNOS HONGOS	29
UN ÁRBOL SOLO	35
UNAS ROSAS	39
LA BARCA	45
AL FONDO DE LOS RÍOS	51
EL LUCIO	61
ANGUILLA ANGUILLA	67
EL HOMBRE EN LOS ARBUSTOS	71
UN VERANO	75
UNA VENTANA	79
EL CAMINO DE LAS MARIPOSAS	83
UNAS PIEDRAS	89
CUEVAS	93
LA NOCHE	97

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA